

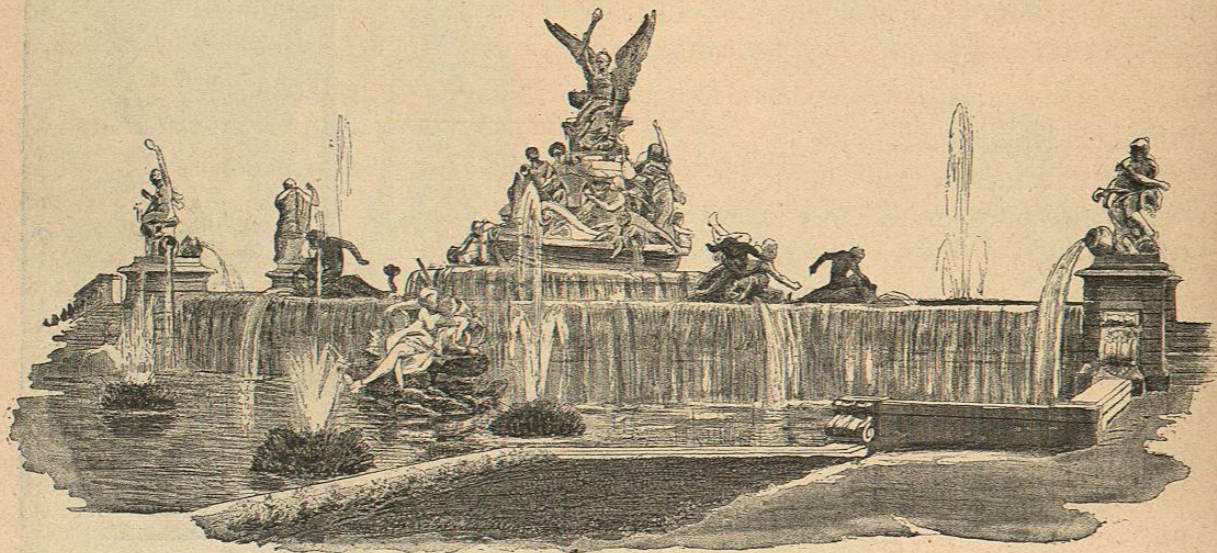
dójjicas al lado de los divinos caprichos de la naturaleza? Hay más poesía, más grandeza, más singularidad en cualquiera de esas flores que en la más acariciada de nuestras obras. Para nosotros, los artistas, debiera ser esto allí un asunto de eterna meditación. Pero ¡ah! nosotros creemos siempre que lo hacemos mejor, y acabamos por gozar de las cosas sin pensar en ellas.

Filosofando á mis solas, he visitado en el Trocadero la exposición de horticultura japonesa. Es la primera vez que la flora de Nippón se nos ha presentado en conjunto. Sabemos de larga fecha el gran partido que los pintores, cerámicos, plateros y en general todos los decoradores japoneses procuran sacar de las flores, de las frutas y de las hojas de sus jardines; y he aquí, sin embargo, cómo esta Exposición nos trae inestimables revelaciones sobre el génesis del estilo ornamental del Japón. Todo el arte japonés proviene realmente de la naturaleza en el mismo grado que el arte gótico; y precisamente por estar basado en la minuciosa observación de lo real es tan fecundo, tan variado, tan delicado y múltiple.

En ninguna de las Exposiciones anteriores habían sido tan numerosas y notables las manifestaciones hortícolas extranjeras, si no estoy equivocado. Por ventura, el principado de Mónaco, las repúblicas de Bolivia y del Salvador y el imperio del Brasil ¿no tienen en el Campo de Marte las más risueñas y brillantes instalaciones florales? El Brasil principalmente, nos muestra al lado de plantas magníficas, esbozos como la *victoria regia* y la *litmazona* que no se desarrollan sino en agua á treinta grados de calor.

En la explanada de los Inválidos, nuestras colonias y países de protectorado han querido también rodearse de los mejores tesoros de su horticultura. Y para resumir en pocas palabras, bajo el punto de vista del arte de los jardines, estas rápidas impresiones, diré que la Exposición universal de 1889 acusa un grande esfuerzo para aclimatar entre nosotros los vegetales más notables de todos los países. Nuestra curiosidad epicúrea querría reunir al alcance de la mano las más bellas flores de todo el mundo, como se encuentran en el recinto de la Exposición, tonkineses para hacer arrastrar un carrito y jóvenes egipcios del Cairo para hacerse llevar á lomos de un asno blanco por aquí ó por allá.

L. de FOURCAUD.



Fuente monumental de M. Coutan
(El navío de París)



Fabricantes de sombreros

EL CASERÍO JAVANÉS

La Exposición de 1889 tiene el raro mérito de que en ella todo se presenta en conjunto, armoniosa y orgánicamente, en su cuadro natural, en su radiante unidad. No se ha limitado el genio directivo de este gran certamen á exponer metódicamente los productos de las industrias, las obras del arte y las series de documentos científicos; ha querido también que el visitante se pueda formar una idea exacta de los diferentes modos de producción, ó mejor dicho, de las diferentes condiciones de la existencia humana.

De aquí esa enorme importancia dada á la demostración del herramientaje y á su funcionamiento, ese número asombroso de máquinas que producen ante el público, esas fábricas tan completas y montadas tan ingeniosamente, que ni aun parecen reducidas, esas manifestaciones características de los estudios de economía social, de los ensayos prácticos para el mejoramiento de la suerte de los pobres, de las investigaciones hechas sobre higiene pública y privada, de los inmensos esfuerzos de nuestros sabios en el dominio de la antropología, de la sociología y de la etnografía.

Además, el movimiento geográfico, consecuencia de la creciente facilidad de los desplazamientos ó cambios y de la necesidad que siente nuestro viejo mundo de crearse á toda costa nuevos recursos, se traduce por una exposición, como jamás se ha visto, no ya sólo de riquezas coloniales, sino también de la vida especial de las lejanas tierras en que

se coloniza. Pasó ya el tiempo en que los países de ultramar se hacían representar por especímenes mineralógicos, agrícolas, forestales, etc., y por dos ó tres indígenas ofrecidos á la curiosidad, como los nubios ó los hotentotes de paso en el Jardín de aclimatación: hoy necesitamos villajos enteros trasportados, casa por casa, de su asiento originario, y poblados con sus auténticos habitantes haciendo su vida ordinaria.

De este modo, tenemos en la explanada de los Inválidos un lugarejo de kábila, otro del Senegal, otro cánaco, otro anamita, y otro javanés ó *kampung* constituido por los holandeses. Desde la apertura de la Exposición han afluído los curiosos al rededor de estas viviendas de barro y de bambú. Por donde quiera se deja sentir el interés humano; pero sólo en el *kampung* ó caserío javanés hemos recibido una impresión de arte tan inesperada como agradable. Esas razas de la extrema Asia tienen en sí recursos poéticos eternamente frescos. Vamos á rejuvenecernos en su espectáculo y hagamos surgir á nuestra vista esas visiones de misteriosas leyendas, evocadas de una vez de la profunda y venerable antigüedad.

Dos torretas cubiertas de junco, rayadas de blanco y rosa, y una portada de bambú trenzado: tal es la entrada del *kampung*. Penetremos en este recinto: no vemos más que construcciones de bambú con cubiertas de junco y palmas constituyendo un cuerpo de habitación rectangular rodeado de una veranda. Algunas de estas casas se elevan sobre estacas; otras se ensanchan en lo alto. Las empalizadas que las circuyen, el enrejado que forma su pared son más ó menos ricos; pero el principio de arquitectura y de construcción es siempre el mismo. En Java, el centro del caserío está ocupado ordinariamente por la vivienda del jefe del *kampung* y por la mezquita, en forma de pagoda, por lo común á



Niño javanés en el *kampung*

la sombra de un banyan ó higuera de los templos. En el *kampung* de la explanada, no hay pagoda ni banyan, y la casa del jefe abierta por todas partes y sin tabiques interiores, sirve de *restaurant*. Fuera de esto, está reproduciendo el villajo de la manera más exacta.

Desde el primer golpe de vista se siente uno desorientado como fuera de su país. No parece sino que estamos á mil leguas de Europa, de sus ciudades, de sus tipos y de sus costumbres. Aunque no fuera más que por lo arenoso del terreno, algo más de lo que convendría, y por la escasez de la vegetación, apenas representada por cinco ó seis palmeras; aunque no fuera más que por la falta de agua, indicada por la presencia de un puente de bambú en caballete abandonado sobre el casquijo á la entrada del villajo, y bajo el cual acaban de quemarse al sol algunas estrechas barquillas, se creería uno al otro extremo del mundo.



Entrada del *kampung*

Una banda de músicos viene hacia nosotros, agitando en cadencia instrumentos de bambú, parecidos en cierto modo á arpas y adornados con plumas de color. Es la música de los cortejos de las bodas campesinas. Estos instrumentos primitivos, llamados *anklungos*, dan un son de madera más ó menos grave, según la longitud y cavidad de los tubos de bambú chocados unos con otros. Cada cual da un acorde completo, que se repite indefinidamente mezclándose la sonoridad de los más pequeños y agudos con la de los más graves, los cuales indican un ritmo regular. Unos *bedongos* ó *kendangos*, instrumentos á manera de tamtam, acompañan con su ruido sordo. El efecto es monótono sin duda, pero no está desprovisto de cierta armonía rudimentaria.

Los músicos van descalzos, pero vestidos de pantalón de indiana á listas negras ú oscuras, como la piel de serpiente, y de blusa de colores. Pequeños, amarillos, imberbes, cabelludos, con un tafetán rojo sombrío al rededor de la cabeza á guisa de turbante, llenan seriamente su función, que es despertar la alegría. Anuncian con esto que sin demora las bailarinas del sultán de Joló, danzarán en el Pendoppo ó casa común del lugar.

¡Perfectamente! Allá concurremos, porque somos muy dados á estas diversiones plásticas. Pero entretanto, visitemos el *kampung*.

¿Qué hacen allá, á la izquierda, en la veranda de aquella casa? Acurrucados hombres y mujeres están haciendo sombreros de paja. Sus manos no se dan punto de reposo en la delicada labor, tan fina como fuerte. No hay que temer que los embarace ni distraiga la curiosidad de los visitantes. De vez en cuando dirigen á los curiosos una mirada indiferente. ¿Qué les da ni les quita trabajar delante del público? El sol que los calienta es el mismo, después de todo, que el de Java, y cada cual lo toma á su manera.

A veces se levanta una mujer y va á su casa á dar un vistazo á sus criaturas, que alegres y sonrosadas corren y juegan en la arena á ciertas horas del día. Sí, ciertamente; es-



El tañedor de bonango

tos frescos rapazuelos de la raza amarilla tienen rosadas las mejillas. Los visten con un pantalón de indiana y con una blusa de color rojo oscuro, verde pálido ó amarillo claro. Los pueblos asiáticos tienen un sentido exquisito de los matices: no gustan de colores fuertes, chillones, africanos, llevando el instinto de la armonía al último grado y á todas las cosas.

Un pabellón al estilo de Sumatra está dispuesto para cantina, donde se sirve no sé qué decocción de cacao. Lo curioso de este pabellón es su estructura, consistente, poco más ó menos, en dos barcos cortados en ángulo recto y rematados en una cubierta de chamiza. Cerca de allí hay un granero sobre estacas y de forma ensanchada á manera de copa, en el cual se entra por una especie de buharda sirviéndose de una escala.

Viene luego la posada del lugar, casa desnuda, con espaciosa galería, sostenida por fuertes pilares, donde los carreteros pueden atar sus búfalos, para irse á dormir á la sala común, provista, como un cuerpo de guardia, de camastros y esteras de bambú.

Más lejos se alza una casa sobre tres pilares en la cual se entra por medio de una escala. Esta cabaña nos da idea de las viviendas hechas á orillas de un río. Los pilares son sólidos y están bien empotrados, de manera que el agua de las inundaciones los bañará sin llegar á la habitación... á no ser que se lo lleve todo en su violencia. Ha de ser un espectáculo curioso el de estos lugarejos en el aire, digámoslo así.

La prodigiosa vegetación de Java les ofrece una alfombra de verdura y los ciñe con grupos de árboles de trémulo follaje. A veces se oye en la colgada jaula humana una melopea melancólica: es la lenta canción de una madre que arrulla á su pequeñuelo para que se duerma.



Bailarina del Sultán de Joló, en el kampong

La disposición interior de las habitaciones javanesas es ordinariamente un tabique de bambú trenzado dividiendo el espacio en dos mitades, una para los padres y otra para los hijos. No hay más muebles que dos ó tres esteras, un par de bancos y otro par de taburetes de bambú y una cortina de cotonada. Como objeto de lujo, la caja de betel, adornada según la riqueza del dueño. ¡Ah! ese funesto betel causa bastantes estragos entre los javaneses y malayos. Desde luego, les corroe la dentadura dándole un color